

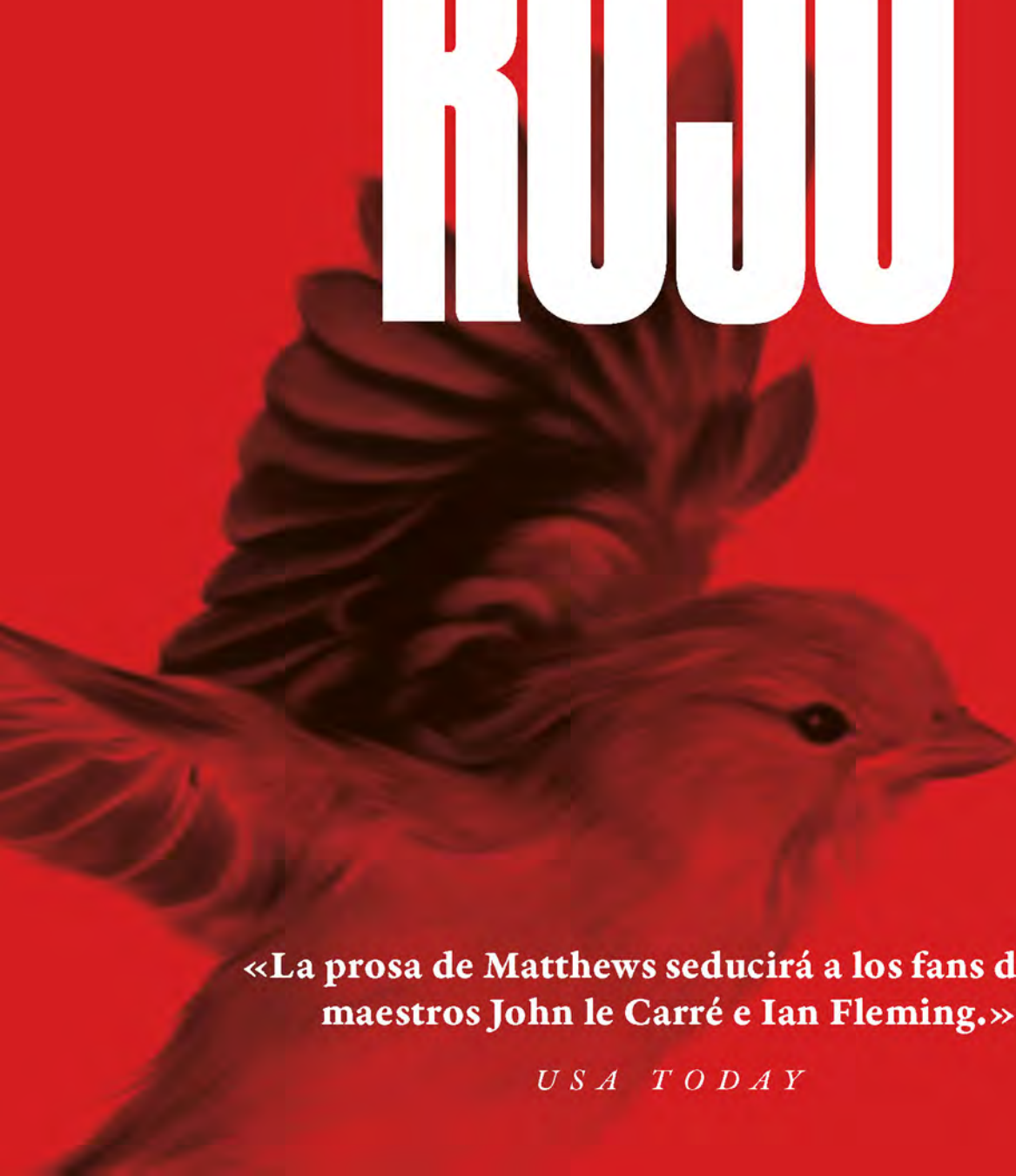
GORRIÓN

J A S O N M A T T H E W S

ROJO

«La prosa de Matthews seducirá a los fans de los maestros John le Carré e Ian Fleming.»

USA TODAY



GORRIÓN ROJO

GORRIÓN ROJO

Jason Matthews

Traducción de
Emilia García-Romeu



© Jason Matthews, 2013
© Traducción: Emilia García-Romeu
© Los libros del lince, S. L.
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo
08010 Barcelona
www.linceediciones.com

Título original: *Red Sparrow*

ISBN: 978-84-17302-05-4
Depósito legal: B-26.323-2017
Primera edición: febrero de 2018

Impresión: EGEDSA
Maquetación: gama, sl
Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

A Suzanne, Alexandra y Sophia

Después de doce horas de Ruta de Detección de Vigilancia, Nathaniel Nash se sentía entumecido de cintura para abajo. Mientras esperaba en una callejuela adoquinada de Moscú, notaba las piernas y los pies agarrrotados. Hacía horas que se había hecho de noche en su RDV, un recorrido diseñado para que quien le estuviese vigilando se pusiera nervioso, se sintiera presionado y terminara delatando su presencia. Nada. Ni una mínima señal de que una unidad estuviese merodeando, brincando, escondiéndose tras las esquinas de las calles a su espalda. Ni una reacción a sus movimientos. ¿Habría pasado desapercibido? ¿Era *invisible*, como se decía en la jerga, o simplemente presa de una trampa? Era la naturaleza del juego: peor que estar vigilado era no saber si lo estabas.

Aunque estaban a principios de septiembre, había nevado a primera hora de la mañana, al principio de su RDV, lo cual había ayudado a borrar las huellas de su trayecto en coche. Esa misma mañana, Nate se había bajado de un Lada Combi en marcha. Al volante estaba Leavitt, que lo había sacado de la estación de la CIA en Moscú. Mientras Nate calculaba el salto desde el coche, Leavitt levantó tres dedos en silencio, justo al doblar la esquina de la calle lateral de un polígono industrial, y acto seguido le dio una palmadita en el brazo. Durante ese intervalo de tres segundos, la vigilancia del FSB, el servicio ruso que se encargaba del espionaje dentro de la Federación, no había detectado que Nate se les había escapado. Este, escondido tras un montículo de nieve, los había visto pasar de largo. Los rusos continuaron detrás de Leavitt: habían picado en su maniobra de despiste. Además, Nate había dejado en el coche el teléfono móvil de la Sección Económica de la embajada, su tapadera en Moscú, de manera que el FSB se pasaría las siguientes horas siguiendo una pista falsa entre las antenas de telefonía de la ciudad. Al rodar sobre

el cemento, Nate se había golpeado la rodilla contra la calzada. Durante las primeras horas sintió calambres. Ahora la notaba adormecida, como el resto del cuerpo. Cuando cayó la noche había caminado, resbalado, trepado y gateado por medio Moscú sin detectar que lo siguieran. Parecía que el terreno estaba despejado.

Nate era miembro de un reducido grupo de agentes de «operaciones internas» de la CIA entrenados para operar bajo vigilancia en territorio hostil. Cuando estaba sobre el terreno en una operación, no se permitía ni la duda ni la introspección. Su habitual temor al fracaso, a no dar la talla, desaparecía. Esa noche estaba tranquilo y trabajaba bien.

«Ignora el frío que te oprime el pecho. Permanece dentro de la burbuja sensorial. Deja que se expanda por debajo del estrés. —Aguzó la vista—. Concéntrate en la distancia media y observa si pasan transeúntes y coches reiteradamente. Fíjate en colores y formas. Gorros, abrigos, coches.»

Sin pensar en lo que hacía, registraba de manera instintiva los sonidos de la ciudad, que se iba oscureciendo a su alrededor; el chasquido de los cables de los tranvías, el silbido de las ruedas de los coches sobre el pavimento mojado, el crujido de la carbonilla bajo los pies. Le llegó el amargo olor a diésel y carbón quemado, y desde algún respiradero oculto el aroma de una sopa de remolacha en plena cocción. Era como un diapasón que resonaba en el aire helado, afinado y en forma, pero extrañamente tranquilo. Tras doce horas de RDV estaba todo lo seguro que uno podía llegar a estar: era invisible, indetectable.

Registro horario: 22.17. Faltaban dos minutos para que Nate Nash, de veintisiete años, se reuniese con quien era ya una leyenda y constituía la joya de la corona de la CIA, su activo más valioso. Con solo atravesar trescientos metros de la tranquila calle frente a él, se reuniría con Marble, un sofisticado urbanita de unos sesenta años y general de división del SRV, es decir, directo en la sucesión del jefe de la Dirección General de la KGB, el servicio exterior de inteligencia ruso, la unidad de espionaje del Kremlin en el extranjero. Marble había estado en activo durante catorce años, una carrera notable teniendo en cuenta que, durante la Guerra Fría, los confidentes rusos no solían sobrevivir más de dieciocho meses. Mientras ojeaba la calle, Nate vio desfilar ante sus ojos las fotografías borrosas de los agentes que habían perecido: Penkovski, Motorin, Tolkachov, Poliakov y todos los demás...

«Este no; no mientras yo esté de servicio.» No le fallaría.

Marble era ahora jefe del Departamento de las Américas del SVR, un puesto que le daba acceso a casi todo. Era un agente de la vieja escuela, se había ganado sus méritos (y sus estrellas de general) a lo largo de una espectacular carrera en el extranjero, no solo por sus triunfos operativos, sino también porque había sobrevivido a innumerables purgas, reformas y luchas de poder internas. Nunca se había engañado a sí mismo sobre la naturaleza del sistema al que servía y, aunque ya no aguantaba la farsa del poder, era profesional y leal. A los cuarenta, ya coronel de servicio en Nueva York, la Central le denegó el permiso para llevar a su mujer a un oncólogo estadounidense, una estúpida muestra de intransigencia soviética, y ella murió sobre una camilla en un pasillo de un hospital de Moscú. A Marble le costó otros ocho años decidirse a tantear a los americanos de forma segura y ofrecerse como voluntario.

Cuando se convirtió en espía extranjero (un *agente*, según el vocabulario del servicio de inteligencia), Marble se dirigió a los funcionarios que actuaban como enlace en la CIA con una serenidad y una elegancia exquisitas, disculpándose humildemente por la exigua información que podía aportar. En Langley se quedaron estupefactos, pues podía proporcionarles datos de valor incalculable sobre las operaciones y el nivel de penetración de la KGB y el SVR dentro de gobiernos extranjeros. Y, de vez en cuando, si tenía acceso, también sobre algo esencial: los nombres de los americanos que espían para Rusia. Era un confidente poco común, inestimable.

A las 22.18 Nate giró y comenzó a descender por la acera irregular de la callejuela, flanqueada por ambos lados por bloques de apartamentos y árboles, ahora desnudos y cubiertos de nieve. Al final de la calle, dibujada a contraluz por las farolas de la intersección, una figura familiar dobló la esquina y empezó a caminar hacia Nate. El viejo era todo un profesional: había llegado justo en el margen estipulado de cuatro minutos.

El cansancio de Nate se desvaneció y se sintió revigorizado. Según Marble se acercaba, Nate observó automáticamente la calle buscando anomalías.

«No hay coches. Mira hacia arriba. No hay ventanas abiertas, los apartamentos están a oscuras. Date la vuelta. Las calles están tranquilas. Comprueba las sombras. No hay barrenderos ni mendigos.»

A pesar de las horas de RDV, de las maniobras para provocar a una posible vigilancia, de las esperas y la atenta observación durante horas en medio de la nieve y el frío... un único error podría tener un resultado inevitable: la muerte de Marble. Para Nate significaría no solo la pérdi-

da de una fuente de información o el comienzo de una crisis diplomática, sino la muerte de ese hombre, de su agente. No podía fallar.

Marble avanzó sin prisa. Se habían visto dos veces. No era su primer controlador, Marble había tenido otros. Había acabado formándolos a todos. Algunos tenían talento. En otros, Marble intuía una estupidez supina. Y alguno que otro había exhibido una desidia impresionante, una desgana y una falta de profesionalidad que podían resultar potencialmente mortales. Nate era distinto, interesante. Tenía algo: la inteligencia, la concentración y la agresividad para hacer las cosas bien. Era un poco inmaduro e impulsivo, pensaba Marble, pero había pocos con esa pasión. Le había gustado.

Los ojos de Marble se entornaron plácidamente al ver al joven americano. Nate era de estatura media y delgado, moreno, de nariz recta y unos ojos marrones que no paraban de moverse y miraban, con más concentración que nerviosismo, por detrás del hombre mayor que se le aproximaba.

—Buenas noches, Nathaniel —saludó.

Marble tenía un ligero acento británico tras haber estado destinado en Londres, si bien se había suavizado por el tiempo que había pasado en Nueva York. Utilizó por capricho el inglés para acercarse a su controlador, a pesar de que Nate hablaba un ruso casi perfecto. Tenía espesas cejas blancas y una abundante mata de pelo canoso y ondulado que le daban un aspecto de elegancia mundana. Se suponía que tenían que utilizar seudónimos, pero era ridículo. Marble tenía acceso a las fichas de diplomáticos extranjeros del SVR y conocía perfectamente el nombre de Nate.

—Me alegro de verte. ¿Estás bien? —Marble escrutó la cara de Nate—. ¿Estás cansado? ¿Cuántas horas llevas de servicio?

Las preguntas de Marble eran perfectamente educadas, pero aun así lo quería saber de verdad. Nunca daba nada por sentado.

—*Dobryj večer, dyadya* —dijo Nate; había empezado a usar el familiar *tío*, en parte una señal de respeto, en parte una muestra de verdadero afecto; miró su reloj—. Llevo doce horas. La calle parece despejada.

Era una jerga que ambos entendían. Nate sabía que Marble quería comprobar lo exhaustiva que había sido su RDV.

Marble no hizo ningún comentario. Los dos anduvieron entre las sombras que proyectaban los árboles sobre la acera. El aire era gélido, no soplaban el viento. Tenían aproximadamente siete minutos.

Nate dejó que Marble hablara y lo escuchó con atención. El hombre mayor le relató, con rapidez pero sin apresurarse, lo que sucedía dentro

del Servicio, una mezcla de cotilleos, rumores y política: quién ascendía y a quién degradaban, el resumen de una nueva operación, el reclutamiento exitoso del SVR en un país extranjero... Los discos contenían todos los detalles. Era tanto un informe de la situación como una conversación entre dos personas: el sonido de sus voces, el contacto entre sus miradas, la suave risa de Marble. Por eso tenía sentido.

Al pasear, ambos resistieron el impulso natural de tomarse por el brazo, como padre e hijo. Los dos sabían que no podía haber ningún contacto: un amargo requisito que imponía la posibilidad de contaminarse con *mitka*, el polvo de los espías. El propio Marble le había informado del programa secreto de polinizar al personal de la embajada de Estados Unidos en Moscú sospechoso de ser agente de la CIA. Se trataba del compuesto químico nitrofenilpentadienal, NPPD, un polvo amarillo parecido a la levadura. Técnicos rusos con los rostros marcados lo rociaban con peras de goma en la ropa, las alfombras y los volantes de los coches. El NPPD había sido diseñado para propagarse como el pegajoso polen del narciso a través de un apretón de manos, un papel o la solapa de un abrigo. Podía marcar cualquier cosa que tocara un agente de la CIA de manera invisible. Por ello, si eras un agente ruso bajo sospecha y las manos, la ropa o la superficie de mesa reflejaban la luz fluorescente del NPPD, estabas acabado. Marble había conmocionado Langley al informar de que algunos lotes de *metka* se habían marcado con determinados compuestos químicos para poder identificar a cada controlador americano específicamente.

Mientras caminaban y hablaban, Nate se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de plástico sellada. Había pilas de repuesto para el equipo de comunicación clandestino de Marble: tres paquetes de cigarrillos gris metálico excesivamente pesados. Utilizaban covcom para transmitir informaciones urgentes y para seguir en contacto entre las reuniones en persona. Estos breves encuentros, a pesar del riesgo mortal que entrañaban, eran infinitamente más productivos. En su transcurso, Marble pasaba gran cantidad de información en discos o USB, y los americanos, a su vez, reponían equipos y rublos. Además, se producía un contacto humano, existía la oportunidad de intercambiar unas palabras, el tiempo de renovar un vínculo cuya naturaleza era casi sagrada.

Nate abrió con cuidado la bolsa de plástico y se la entregó a Marble, quien la cogió y extrajo el bloque de pilas, que habían sido empaquetadas en un laboratorio esterilizado de Virginia. Este, a su vez, dejó caer dos discos en la bolsa.

—Estos discos deben de contener casi cinco metros lineales de documentos —dijo—. Con mis mejores deseos.

Nate se dio cuenta de que el viejo espía aún pensaba en metros lineales de carpetas de documentos, aunque estuviera robando secretos digitales.

—Gracias. ¿Has incluido el resumen?

Los *hackers* le habían rogado a Nate que Marble incluyera un resumen de la entrega para poder priorizar así las traducciones y el procesamiento de sus informes.

—Sí, esta vez me he acordado. En el segundo disco también he medido el nuevo directorio de la oficina. Ha habido algunos cambios de personal, nada demasiado alarmante. Y un calendario de mis viajes al extranjero durante el próximo año. Estoy buscando razones operativas para viajar. He incluido los detalles —explicó, señalando los discos con la cabeza.

—Estoy deseando verte fuera de Moscú —dijo Nate—, cuando te venga bien.

El reloj seguía avanzando y, tras alcanzar el final de la calle, ambos se volvieron y caminaron de nuevo lentamente en dirección opuesta. Marble se quedó pensativo.

—¿Sabes? He estado pensando en mi carrera, en las relaciones con mis amigos en Estados Unidos, en lo que me queda de vida —dijo—. Todavía me faltan unos cuantos años para jubilarme. La política, la vejez, un error impensable. Me quedan quizá tres o cuatro años, puede que dos; creo que sería muy agradable jubilarme en Nueva York. ¿Qué opinas, Nathaniel?

Nate paró y se volvió un poco hacia él. ¿Qué significaba esto? El ronroneo de la calle se desvaneció. ¿Estaba su agente en peligro? Marble alzó la mano como para apretar el brazo de Nate, pero se detuvo.

—No te alarmes, por favor, simplemente estaba pensando en alto.

Nate lo miró de refilón: el viejo estaba tranquilo, confiado, en calma. Era natural que un agente pensara en retirarse, que soñara con poner fin al peligro de su doble vida, con dejar de esperar la posible llamada en la puerta. La vida antes o después agota, y eso lleva a cometer errores. ¿Había cansancio en la voz de Marble? Nate tendría que informar al día siguiente en su cable de operaciones sobre los matices de la conversación. Los problemas de un caso repercutían inexorablemente en el controlador, y no necesitaba más problemas.

—¿Pasa algo, hay algún problema de seguridad? —preguntó Nate—.

Sabes que tienes una cuenta lista en el banco. Puedes retirarte cuando quieras. Te apoyamos al cien por cien.

—No, estoy bien. Tenemos aún trabajo que hacer. Ya descansaremos más tarde.

—Es un honor trabajar contigo —añadió Nate, y lo decía en serio—. Tu contribución es valiosísima.

El viejo miró la acera mientras caminaban por la calle en penumbra. Su reunión sobrepasaba los seis minutos. Era hora de marcharse.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Nate.

Cerró los ojos y se concentró. Pilas entregadas, discos recibidos, resumen incluido, calendarios de viajes al extranjero. Lo único que quedaba era fijar el próximo encuentro dentro de tres meses.

—¿Nos vemos dentro de tres meses? —preguntó Nate—. Para entonces estaremos en pleno invierno, en diciembre. ¿Qué te parece Eagle, cerca del río, como punto de encuentro?

—Claro, por supuesto —dijo Marble—. *Orel*. Te lo confirmaré con un mensaje una semana antes.

Habían vuelto a llegar al final de la calle, se acercaban a las luces menos tenues del cruce. Un cartel luminoso marcaba la entrada de la estación de metro, al otro lado. A Nate le recorrió una sensación de alarma por la espalda.

Un Lada desvencijado con dos hombres en los asientos delanteros atravesó despacio la intersección. Nate y Marble se pegaron a la pared de un edificio sumido en la oscuridad. Marble también había visto el coche, el viejo era tan profesional sobre el terreno como su joven controlador. Otro coche, un Opel más nuevo, cruzó en sentido opuesto. Los hombres de dentro miraban al otro lado, por detrás de él. Nate vio un tercer coche entrando lentamente en la calle. Solo llevaba puestas las luces de cruce.

—Es una batida —susurró Marble—. No habrás aparcado el coche cerca, ¿no?

Nate sacudió la cabeza: no. No, no, mierda, no. El corazón le latía con fuerza. No tenían casi margen. Miró a Marble durante un segundo, después los dos se movieron a la vez. Olvidándose del polvo de espía y de cualquier otra cosa, Nate ayudó a Marble a quitarse el abrigo negro y volverlo del revés, transformándolo en un abrigo claro de corte distinto, de aspecto sucio y raído en las mangas y los bordes. Metiendo la mano en un bolsillo interior del abrigo, Nate desdobló un gorro de piel apollado (parte de su propio disfraz) y se lo embutió en la cabeza al general.

Marble extrajo del bolsillo delantero unas gafas de montura gruesa con una patilla envuelta en cinta adhesiva blanca y se las puso. De otro bolsillo, Nate sacó una varilla corta que agitó suavemente hacia abajo, para que el elástico de su interior desplegara los tres segmentos de un bastón que puso en la mano de Marble. En ocho segundos, el viejo moscovita había desaparecido y lo había sustituido un decrepito jubilado con un abrigo de paño barato que renqueaba apoyado en su bastón. Nate le empujó suavemente en dirección al cruce y la entrada del metro. Esto desafiaba todas las normas del catecismo del espía, que dictaba no utilizar el metro por el peligro de quedarse atrapado bajo tierra; pero si eso conseguía que Marble lograra huir de la zona, valía la pena correr el riesgo. Su disfraz tendría que despistar a las múltiples cámaras de seguridad de los andenes.

—Los voy a sacar de aquí —dijo Nate.

Marble se inclinó y comenzó a cruzar la intersección arrastrando los pies. El viejo espía miró a Nate una vez, grave pero tranquilo, y le guiñó un ojo. «Este tío es una leyenda», pensó Nate. Ahora su prioridad era distraer los coches que los vigilaban y hacer que se concentraran en él para alejarlos de Marble. No obstante, también tenía que evitar que le detuviesen a él. Los discos que Marble le había entregado eran igual de peligrosos para la vida del viejo que si le atrapaban.

No mientras él estaba de servicio. Una sensación de fuego helado le invadió la cabeza y la garganta. Llevaba el cuello del abrigo subido y estaba preparado. Cruzó rápidamente por delante del coche que los seguía para comenzar a subir despacio la calle a media manzana de distancia. Podían ser del FSB, los gorilas encargados del espionaje dentro de la Federación Rusa. Era su territorio.

Aullaron los 1200 centímetros cúbicos del Lada. Lo habían avistado bajo las altas farolas de la calle iluminada. Corrió hacia la siguiente manzana y se agachó en la escalera de un sótano que apestaba a orina y vodka. Detrás de él sonó el lamento de las ruedas.

«Espera, espera, ahora vuelve a moverte corriendo a toda velocidad, cruzando los callejones, desapareciendo en los pasos peatonales elevados, bajando velozmente las escaleras que dan al río. Utiliza las barreras, cruza las vías del tren, cambia de vector y dirección cuando ya no te puedan ver, haz que se equivoquen, cuélate por las grietas.»

Registro horario: casi dos horas. Temblaba de cansancio y se puso a correr; luego caminó, después se agazapó tras los coches aparcados, oyendo el sonido de los motores al pasar. Los coches se acercaban y se

alejaban, y luego volvían a acercarse, intentando aproximarse lo suficiente para verle la cara, lo bastante para inmovilizarlo sobre la acera, boca abajo, para meterle las manos en los bolsillos. Oía los frenos chirriar y el sonido de sus voces gritando por la radio: estaban empezando a desesperarse.

Cuando estaba en la academia, su primer instructor en vigilancia le había dicho: «Llegará a sentir la calle, señor Nash, no importa si está en la avenida Wisconsin o en Tverskaya, la sentirá». Y Nate la estaba sintiendo de cojones. No sabían dónde estaba, pero eran muchos. Las ruedas de los coches, en su tránsito, rechinaban sobre los adoquines mojados. Lo bueno era que no tenían la suficiente información sobre él como para desplegar un dispositivo a pie. Lo malo era que el tiempo estaba de su parte. Gracias a Dios estaban siguiendo su rastro, lo que significaba que no se habían centrado en Marble. Nate rezó para que no hubieran visto al viejo meterse en el metro cojeando, y que no fuera Marble el principal objetivo de su vigilancia, porque eso significaría que había un segundo equipo siguiéndolo. No iban a atrapar a su agente, «su agente», y tampoco obtendrían el paquete con los discos de Marble, un material tan volátil como la nitroglicerina. El chirrido de ruedas se desvaneció y las calles quedaron en silencio.

Registro horario: más de dos horas; dolor de piernas y espalda; visión periférica borrosa. Bajó por un callejón estrecho apoyándose en la pared en penumbra, deseando que se hubiesen ido, imaginando los coches abollados ya aparcados en el garaje, el ruido de la carrocería contrayéndose al enfriarse; el barro goteando; el jefe del grupo gritando en la sala de reuniones. Pasaron unos minutos durante los cuales Nate no vio pasar ningún coche, y pensó que había salido del perímetro de su búsqueda. Mientras, empezó a nevar de nuevo.

Un poco más adelante, sonó el crujido de un vehículo al detenerse, luego se lo oyó recular y meterse en el callejón, con los faros iluminando la nieve. Nate se pegó a la pared, intentando reducir su silueta y las sombras, pero dedujo que debían de haberlo visto y, mientras las luces lo recorrían de arriba abajo, el coche aceleró hacia él, invadiendo su lado del callejón. Nate observó fascinado e incrédulo cómo el coche se le aproximaba con la puerta del copiloto a centímetros de la pared, dos caras decididas en su interior mirando de frente y los limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad. Pero ¿qué les pasaba a estos animales del FSB? ¿Es que no lo veían? Luego se dio cuenta de que sí lo veían, perfectamente, y de que lo que querían era pasar arañando la pared y aplastarlo.

«Existe una norma entre los equipos de vigilancia que siguen a un diplomático extranjero: nunca, en ninguna circunstancia, se puede ejercer violencia contra su objetivo.» Eso es lo que sus instructores le habían enseñado. Entonces ¿qué demonios hacían esos tíos? Se dio la vuelta y calculó que la entrada del callejón estaba demasiado lejos.

«Sienta la calle, señor Nash» y sintió que la segunda mejor opción parecía la tubería de desagüe que bajaba por el edificio a menos de medio metro de donde estaba él. Era de hierro y sus tirantes oxidados estaban atornillados a la pared de ladrillo. Cuando el coche se le echó encima, Nate pegó un salto y se agarró a la tubería, utilizando los tornillos para trepar hacia arriba. El coche chocó contra la pared, haciendo añicos la tubería; el techo del vehículo quedó justo debajo de las piernas levantadas de Nate. Con un pesado estruendo final, se estrelló contra el muro y se detuvo. El motor ya no sonaba. Sin nada donde agarrarse, Nate se desplomó sobre el techo del coche para caer al suelo. La puerta del conductor se abrió y en el momento en que salía un hombre grande con un gorro de piel, Nate empujó la puerta con el hombro y dio al gorila en la cabeza y el cuello. Se oyó un grito, vio su rostro contraído por el dolor. Nate volvió a estampar la puerta contra su cabeza dos veces más, muy rápidamente, y el hombre se derrumbó en el interior del coche. La puerta del copiloto estaba pegada al muro y no se podía abrir. Nate vio que el otro tiparraco intentaba trepar por encima del asiento delantero para alcanzar la puerta trasera. Era el momento de echar a correr. Bajó por el callejón a toda velocidad para internarse en la oscuridad y doblar la esquina. Tres puertas más abajo había un mugriento comedor social todavía abierto a esas horas. La luz de su interior se derramaba sobre la acera nevada. Nate oyó el gemido del coche del callejón al dar marcha atrás. Se agachó dentro del minúsculo restaurante y cerró la puerta. Una sola estancia, nada más que un mostrador para atender en un rincón y varias mesas y bancos de madera desgastados, papel de pared manchado y mugrientas cortinas de encaje en la ventana. Una mujer mayor con enormes dientes de conejo estaba sentada detrás del mostrador, escuchando una radio mal sintonizada. A su espalda, dos cazos de aluminio abollados llenos de sopa hirviendo a fuego lento. El aroma a cebolla llenaba la sala.

Luchando para evitar que le temblaran las manos, Nate caminó hasta el mostrador y pidió en ruso un cuenco de sopa de remolacha a la mujer, que tenía la mirada perdida. Se sentó contra la ventana de la cortina y escuchó. Un coche pasó rugiendo y luego otro, después nada. En la radio, un cómico estaba contando un chiste. «Jruschov fue a visitar

una granja de cerdos y allí se le hizo una fotografía. Entonces, en la oficina del periódico del pueblo se produce una acalorada discusión sobre el pie de foto. ¿El camarada Jruschov entre cerdos? ¿El camarada Jruschov y los cerdos? ¿Cerdos alrededor del camarada Jruschov? Ninguna servía. El editor, finalmente, toma una decisión: “El tercero por la izquierda: el camarada Jruschov”.» La anciana tras el mostrador se rio entre dientes.

No había comido ni bebido nada en más de doce horas. Comenzó a engullir la espesa sopa con mano temblorosa. La anciana lo observaba, se levantó, rodeó el mostrador hacia la puerta de entrada. Nate la vigilaba por el rabillo del ojo. Cuando abrió la puerta, sintió entrar una ráfaga de frío del exterior. La mujer rastreó la calle, a un lado y al otro, y luego cerró de un portazo. Volvió a sentarse sobre el taburete de detrás de la barra y cogió el periódico. Cuando Nate acabó la sopa y el pan, se acercó al mostrador y sacó unos cuantos kopeks. La vieja bruja recogió las monedas y las arrastró a un cajón. Estampó el cajón y miró a Nate.

—Todo despejado —dijo—. Vaya con Dios.

Nate evitó mirarla y se marchó. Después de una hora, empapado de sudor y temblando de agotamiento, cruzó tambaleándose la garita militar de la entrada del complejo residencial de la Embajada. Por fin los discos de Marble estaban a salvo. No era la forma aconsejada para terminar una operación nocturna, pero hacía horas que había perdido el coche de la estación que le tenía que recoger. Su regreso no había pasado desapercibido: media hora después el FSB (y tras un instante el SVR) sabía que era el joven señor Nash, de la Sección Económica de la embajada, quien había estado ilocalizable casi toda la noche. Y ellos creían que sabían por qué.

SOPA DE REMOLACHA DE LA ABUELA

Derrita mantequilla en una olla grande; añade cebolla picada y sofríala hasta que se vuelva transparente; incorpore tres remolachas ralladas y un tomate picado. Agregue caldo de ternera, vinagre, azúcar, sal y pimienta. La sopa debe tener un sabor dulce y agrio. Caliéntela hasta que hierva y luego déjela cocer a fuego lento. Sírvala con una porción de nata agria y eneldo.

A la mañana siguiente, en dos extremos opuestos de Moscú y en despachos distintos, sucedían cosas no muy agradables. En la sede central del SVR en Yasenevo, el primer subdirector Iván (Vania) Dimitrevich Egorov leía el registro de vigilancia del FSB de la noche anterior. La pálida luz del sol se filtraba por los enormes ventanales que daban al sombrío bosque alrededor del edificio. Al no haber sido invitado a sentarse, Alexéi Zyuganov, el diminuto jefe de la Línea KR de Contraespionaje de Egorov, permanecía en pie delante de la mesa. Sus mejores amigos, o quizá solo su madre, solían dar el nombre de Lyosha a ese enano venenoso. Pero esta mañana no era el caso.

Vania Egorov era un hombre de sesenta y cinco años, un general de división con antigüedad. Tenía una cabeza enorme y era calvo, aunque le quedaban algunos mechones de cabello cano sobre las orejas. De ojos marrones y separados, labios carnosos, hombros anchos y una notable barriga, sus manos grandes y musculosas le conferían un aspecto de forzado de feria. Vestía un grueso traje negro de corte elegante, un Augusto Caraceni de Milán, con una corbata azul oscuro. Le sobresalían unos brillantes zapatos negros Edward Green londinenses bajo la tripa.

Durante los primeros años de su carrera, Egorov había sido el típico agente de campo de la KGB. Algunos viajes a Asia poco interesantes le convencieron de que aquel trabajo no era lo suyo. Una vez de vuelta en Moscú, empezó a despuntar en asuntos de política interna de la organización: primero, en puestos de planificación; más tarde, en cargos administrativos; y finalmente, en el recientemente creado puesto de inspector general. En 1991 había sido un activo y destacado artífice de la transformación de la KGB en el SVR, y en 1992 había elegido el bando

apropiado durante el abortado golpe de la KGB de Kriuchkov contra Gorbachov. En 1999 el flemático primer ministro, Vladimir Vladimirovich Putin, un escorpión rubio de ojos lánguidos, se fijó en él, y al año siguiente de la marcha de Yeltsin, cuando Putin sorprendente e inverosímilmente se instaló en el Kremlin, Vania Egorov esperó la llamada que sabía que se produciría.

Durante una intensa entrevista de tan solo cinco minutos en una elegante oficina del Kremlin, con el reflejo de los paneles de madera en los siniestros ojos del nuevo presidente, Putin le había dicho: «Quiero que cuides de “las cosas”».

Ambos sabían lo que eso significaba, y Vania volvió a Yasenevo, en un principio como tercer subdirector y luego segundo, hasta que el pasado año se había trasladado a la oficina del primer subdirector, al otro lado del vestíbulo alfombrado de la suite del director del SVR.

Cierta inquietud había llevado a las elecciones del pasado marzo. Los malditos periodistas y los partidos de la oposición nunca se habían pasado tanto. El SVR se había hecho cargo de varios disidentes, había actuado discretamente en los colegios electorales y había informado sobre determinados diputados de la oposición. Se había instruido a un oligarca con ganas de cooperar para que fundase un partido disidente que desviara votos y dividiera al electorado.

Luego, el propio Vania se lo había jugado todo al asumir un riesgo enorme y sugerir a Putin que culpara al intrusismo occidental (y más en concreto al de Estados Unidos) de las manifestaciones que habían conducido a las elecciones. El candidato asumió la sugerencia sin pestañear, mientras contemplaba el regreso de Rusia al centro del escenario internacional. Putin le había dado una palmadita en la espalda. Quizá era porque sus carreras se parecían mucho; quizá porque ambos habían conseguido bien poco como espías durante sus breves estancias en el extranjero; o, quizá, porque un confidente sabía reconocer a un *nashnik*, a un igual. Fuera lo que fuese, Vania Egorov agradaba a Putin y sabía que sería recompensado por ello. Estaba cerca de la cumbre. Tenía el tiempo y también el poder para continuar ascendiendo. Era lo que quería.

No obstante, el dueño de un criadero de serpientes siempre está expuesto a que le piquen si no tiene un enorme cuidado. Hoy el Kremlin era todo trajes y corbatas, secretarios de prensa y amables cumbres internacionales, pero todo el mundo sabía que, en el fondo, nada había cambiado desde Stalin. ¿Amistad? ¿Lealtad? ¿Protección?

¿Clientelismo? Un paso en falso, un fracaso operativo o diplomático, o, peor aún, poner en un aprieto al presidente conllevaría la *burya*, una tempestad de la que no había escapatoria. Vania sacudió la cabeza. *Chert vozmi*. Mierda. El episodio con Nash era justo lo que no necesitaba.

—¿Se podía haber dirigido peor la vigilancia? —rugió Egorov. Solía ser proclive a desplegar cierta teatralidad ante sus subordinados—. Es obvio que anoche el capullo de Nash se reunió con su confidente. ¿Cómo pudo permanecer fuera de circulación durante más de doce horas? Para empezar, ¿qué estaba haciendo el servicio de inteligencia en ese distrito?

—Parece ser que estaban buscando a unos traficantes de drogas chechenos. A saber en qué está metido el FSB —dijo Zyuganov—. Ese distrito es una pocilga.

—¿Qué hay del choque en el callejón? ¿Qué pasó ahí?

—No está claro. Afirman que estaban persiguiendo a un checheno y creían que este iba armado. Lo dudo. Puede que se animaran en la persecución.

—*Kolkhozniki*. Un campesino lo habría hecho mejor. Le diré al director que se lo comente al presidente el próximo lunes. No podemos permitir que hieran a un diplomático extranjero en la calle, aunque se reúna con traidores rusos —bufó Egorov—. El FBI empezará a asaltar a nuestros agentes en Georgetown si vuelve a suceder algo así.

—También yo lo haré saber entre la gente de mi rango, general. Los equipos de vigilancia sabrán captar el mensaje, sobre todo si, me permito sugerir, se pudiera organizar algún período de *katorga*.

Egorov miró impasible a su jefe de contraespionaje al notar que a Zyuganov se le hacía la boca agua al pronunciar el término zarista para el gulag. Dios mío. Alexéi Zyuganov era bajo y moreno, con cara de pan y orejas prominentes. Unos dientes picudos y una perpetua sonrisa de suficiencia completaban su imagen Lubianka. Con todo, Zyuganov era concienzudo, un subalterno malvado que resultaba útil.

—Podemos criticar al FSB todo lo que queramos, pero te digo que ese americano se estaba reuniendo con alguien importante. Y que esos imbéciles estuvieron a punto de verlo, estoy seguro. —Egorov tiró el informe sobre la mesa—. Así que te imaginas cuál va a ser tu trabajo de ahora en adelante... —Se detuvo—. Averigua. Quién. Es. —Egorov puntualizó cada palabra golpeando con el índice la mesa—. Quiero la cabeza de ese traidor en una cesta.

—Será mi prioridad —dijo Zyuganov, sabiendo que, sin nada con qué continuar, sin ninguna pista concreta de un infiltrado dentro de la CIA y sin ningún rastro en la calle, tendrían que esperar; entretanto, podría comenzar algunas investigaciones y conducir interrogatorios, por si acaso.

Egorov volvió a revisar el informe de vigilancia, un trabajo completamente inútil. El único dato confirmado era la identificación de Nathaniel Nash en la verja. No se había visto ni incluido la descripción de nadie más. El conductor de uno de los coches de vigilancia (se adjuntaba una foto suya con una tirita en el ojo, como para justificar el incidente del callejón) había reconocido a Nash, al igual que el militar de la entrada al complejo de la embajada.

«Esto puede acabar de cualquier manera», pensó Egorov: un llamativo caso de espionaje resuelto a su favor, lo cual sería una vergüenza para Estados Unidos; o una incómoda debacle que desagradaría al Kremlin y a un jefe impulsado por la testosterona, lo cual supondría el súbito final de su carrera. Dependiendo de la ira del presidente, el panorama podría incluir un camastro junto al del oligarca Jodorkovski en la colonia 9 de la prisión de Segezha.

Contemplando de forma morbosa las oportunidades potenciales y reconociendo las consecuencias políticas, esa mañana Egorov había pedido y leído el *liternoye delo*, el archivo de la operación: «Joven, activo, disciplinado, buen ruso. Moderado con las mujeres y el alcohol. No se droga. Diligente en su puesto de tapadera dentro de la Sección Económica de la embajada. Eficaz sobre el terreno, no se sabe su objetivo operativo».

Egorov soltó un gruñido. *Molokosos*. Un mocososo. Miró al jefe de su contraespionaje.

Los pelos que salían del cerebro de Zyuganov se estremecieron y se dio cuenta de que tenía que mostrar más entusiasmo. El primer subdirector Egorov podía no ser un agente sobre el terreno, pero pertenecía a una especie bien conocida dentro de la fauna del SVR: un burócrata con ambiciones políticas.

—Señor subdirector, la clave para encontrar a ese hijo de puta que está vendiendo nuestros secretos es concentrarse en el joven *geroy* yanqui, el héroe. Hagamos que tres equipos le sigan. Envolvámoslo en capas de cebolla. Veinticuatro horas al día. Ordene, o mejor solicite, al FSB que aumente la vigilancia, y que armen ruido mientras le siguen; luego desplegaremos a nuestros propios equipos en los márgenes. Le ponemos vigilancia y luego se la quitamos. Veamos si está buscando

nuevos sitios de encuentro. Habrá otra reunión en tres o seis meses, eso seguro.

A Egorov le gustó lo de la cebolla, se lo repetiría al director más tarde.

—De acuerdo, empieza, y comunícame tus planes para que pueda informar al director sobre nuestra estrategia —dijo Egorov despidiendo con un gesto a su subordinado.

«Informar al director sobre nuestra estrategia», pensó Zyuganov mientras abandonaba la oficina.

El complejo de la embajada de Estados Unidos en Moscú estaba situado al noroeste de Yasenevo, en el distrito de Presnenski, próximo al Kremlin y a un amplio meandro del río Moscova. Esa misma tarde, otra conversación desagradable acontecía en la oficina del jefe de la estación de la CIA, Gordon Gondorf. Más o menos como el jefe del KR, al que no se le había invitado a sentarse, Nate estaba en pie frente a la mesa su jefe. Le temblaba la rodilla desde el día anterior.

Si el imponente volumen de Egorov lo convertía en un forzado, la reducida constitución y rasgos enjutos de Gondorf lo hacían parecer un galgo de un espectáculo circense. Medía un metro setenta, tenía el cabello ralo, ojos de cerdo demasiado juntos y pies diminutos. Lo que le faltaba en estatura lo ganaba ampliamente en veneno. No se fiaba de nadie e ignoraba que, irónicamente, él era incapaz de inspirar ninguna confianza. Gondorf (Gondcretino, como se le llamaba a sus espaldas) vivía un infierno personal conocido únicamente por los oficiales de mayor rango: se sentía totalmente superado por el puesto.

—He leído el informe operativo sobre la escapada de anoche —dijo Gondorf—. Por lo que pone aquí, supongo que consideras el resultado satisfactorio.

La voz de Gondorf era plana; hablaba de manera lenta y vacilante. Nate intuyó que una bronca se le venía encima. «Defiende tu postura.»

—Si a lo que te refieres es que si creo que el agente está a salvo, la respuesta es sí —dijo Nate.

Sabía adónde quería llegar Gondorf con todo eso, pero prefería que lo hiciera él solito.

—Anoche casi conseguiste que arrestaran al mayor activo de la agencia. Pero, por Dios, ¡si los equipos de vigilancia os reventaron el encuentro...!

Nate intentó reprimir su creciente ira.

—Ayer activé una RDV de doce horas. La misma ruta que usted había aprobado. Confirmé mi estatus: a mí no me seguían y a Marble tampoco —dijo Nate.

—Entonces ¿cómo explicas la vigilancia? —preguntó Gondorf—. No me irás a decir que estaban allí por casualidad. Por favor, ni se te ocurra pensarlo.

La voz de Gondorf rezumaba sarcasmo.

—Eso es exactamente lo que pasó. Es imposible que me estuvieran buscando, toda esa gilipollez del callejón..., no estaban buscándome a mí, es imposible. Fue algo casual y reaccionaron sin intentar ser discretos. Marble pudo irse de rositas.

Nate notó que a Gondorf no le preocupaba que le hubieran intentado aplastar contra la pared. Otro jefe hubiera ido directamente al despacho del embajador, habría puesto el grito en el cielo y habría exigido una protesta oficial de la embajada.

Volviendo a la carga, Gondorf añadió:

—Tonterías. Ha sido un auténtico desastre. ¿Y en qué cabeza cabe haberlo mandado al metro? Es una ratonera. Ignoraste los protocolos cuando le tocaste al ayudarlo a cambiarse de abrigo. Se supone que eso lo tiene que hacer solo y lo sabes. ¿Y si ahora mismo está bajo un detector luminoso y aparecen rastros fluorescentes?

—Tomé la determinación y la decisión. Pensé que cambiar su aspecto y sacarle de allí era la prioridad. Marble es un profesional, sabrá cómo deshacerse del abrigo y el bastón. Le podemos enviar un mensaje, lo verificaré con él en nuestra próxima reunión —dijo Nate.

Este tipo de discusiones eran una agonía, sobre todo con un jefe que no tenía experiencia sobre el terreno, en la calle.

—De momento no va a haber ninguna reunión. Por lo menos no contigo. Estás en el punto de mira. Anoche te identificaron veinte veces. Ya no sirve la tapadera de la Sección de Economía. Desde ahora vas a tener a toda la Dirección General de Vigilancia de Moscú pegada al culo —dijo Gondorf que, claramente, estaba disfrutando del momento.

—Siempre han sabido que era una tapadera. Me han estado siguiendo desde el principio, lo sabes perfectamente. Todavía puedo reunirme con activos —dijo Nate, apoyándose en una silla.

Gondorf tenía sobre la mesa una granada montada en una base de madera. La placa decía: DEPARTAMENTO DE QUEJAS. PARA UN SERVICIO MÁS RÁPIDO, TIRE DE LA ANILLA.

—No, no creo que puedas reunirte con confidentes. Ahora eres un imán de mierda —dijo Gondorf.

—Si me dedican tantos recursos, se van a arruinar —arguyó Nate—. Puedo desgastar a su personal conduciendo por toda la ciudad durante los próximos seis meses. Y cuanto mayor sea la vigilancia, mejor seré capaz de manipularlos.

«Defiende tu territorio.»

Gondorf no estaba ni impresionado ni convencido. El agente representaba una amenaza personal excesivamente grande. Gondorf tenía la vista puesta en un trabajo en la sede central de la CIA cuando regresara a Washington el año siguiente. No valía la pena asumir ese riesgo.

—Nash, voy a recomendar que se aborte tu misión en Moscú. Eres un objetivo demasiado expuesto y la oposición buscará alguna forma de derribarte y atrapar a tus confidentes. —Lo miró desde su silla—. No te preocupes, me aseguraré de que te asignen una misión de continuidad.

Nash estaba anonadado. Incluso un agente en su primera misión exterior sabía que una expulsión solicitada por un jefe de estación antes de que hubiera concluido el trabajo (fuera cual fuese la razón) podía arruinar su carrera. También estaba seguro de que Gondorf conseguiría información a sus espaldas para demostrar que Nash la había cagado. La reputación no oficial de Nash, su expediente, quedaría tocado, afectaría a sus ascensos y asignaciones futuras. Volvió a tener la vieja sensación de que se metía en negras arenas movedizas.

Nate sabía la verdad: había salvado a Marble la noche anterior gracias a una acción rápida y correcta. Miró desde arriba el rostro impasible de Gondorf. Ambos sabían qué sucedía y por qué. Así que para Nate no parecía haber ningún motivo para no terminar la conversación con una chulería.

—Gondorf, eres un cagado de mierda al que le aterra la calle. Quieres joderme para evitar asumir tu propia responsabilidad. Ha sido muy instructivo trabajar en tu estación.

Mientras se marchaba de la oficina, Nate observó que la ausencia de una inectiva a gritos de su jefe reflejaba la altura del individuo.

Expulsado de la estación antes de concluir la misión. No tan malo como no haber impedido que se matara a un confidente, robar fondos oficiales o inventarse informes, pero un desastre en cualquier caso. Era imposible

saber cómo afectaría a futuras misiones y ascensos, pero todo el mundo se enteraría desde el mismo momento en que se recibiera el cable de Gondorf en la Central. Algunos de sus compañeros del período de entrenamiento estaban ya en su segunda misión en el extranjero, demostrando su valía. Circulaban rumores de que a uno de ellos ya le habían ofrecido el puesto de director de una pequeña estación. Con los meses adicionales de entrenamiento en Moscú, Nate ya se había quedado rezagado; y ahora esto.

Aunque se decía que no debía obsesionarse, Nate estaba inquieto. Siempre se le había inculcado que no debía quedarse atrás, que ganar era un requisito indispensable. Había crecido en el elegante equivalente sueño de una jaula de lucha libre. Generaciones de Nash se habían criado en la mansión familiar de estilo palladiano, situada sobre los riscos de la orilla sur del río James. El abuelo de Nate, y su padre después de él, fundadores y socios respectivamente de la firma de abogados Nash, Waring y Royal, de Richmond, se habían pasado la vida sentados en salas en penumbra, mirando las musarañas y tocándose las narices. Habían asentido con aprobación al contemplar a los dos hermanos de Nate (uno, con imposibles rizos a lo Julio César; el otro, sudoroso y estrafalario, con la calvicie oculta bajo una «ensaimada» supuestamente juvenil) luchar trajeados sobre la alfombra, estudiar lo justo para aprobar Derecho y casarse con bellezas de busto generoso que callaban cuando los hombres entraban en la habitación y que buscaban su aprobación con la mirada.

«¿Y qué vamos a hacer con Nate?» se habían preguntado. Licenciado por la Universidad Johns Hopkins en Literatura Rusa, Nate había buscado refugio en el mundo ascético y espiritual de Gógol, Chéjov o Turguénev, un mundo que el convencional Richmond no pudiera invadir. Sus hermanos gritaron y su padre lo consideró una pérdida de tiempo. Se esperaba que asistiese a la facultad de Derecho (se había aceptado su preinscripción en Richmond) y que más tarde ocupara un puesto de principiante en el bufete familiar. Por ello, el posgrado en Ruso de la lejana Middlebury supuso un problema; y su posterior solicitud de ingreso en la CIA, una crisis familiar.

—No creo que encuentres la vida de funcionario público muy gratificante —le había dicho su padre—. Sinceramente, no te imagino feliz entre tanta burocracia.

Su padre había conocido a varios directores de la CIA. Sus hermanos fueron menos prudentes en sus críticas. Durante una comida fami-

liar especialmente acalorada, organizaron una quiniela sobre cuánto tiempo duraría Nate en la CIA. La apuesta más alta era de tres años como máximo.

Su solicitud de ingreso en la CIA no tenía nada que ver con huir de los tirantes y los gemelos, ni con la demoledora rigidez de Richmond, ni con la inevitabilidad de la mansión y su columnata sobre el río. Tampoco tenía nada que ver con el patriotismo, aunque Nate era tan patriota como cualquiera. Con lo que en realidad tenía que ver era con el martillo que se ocultaba en su pecho y que ya a los diez años le había llevado a caminar sobre la cornisa de la mansión de tres alturas, medirse con los halcones sobre el río, vencer el miedo y desafiar a las aves de rapiña en forma de temor y de fracaso que se cernían sobre él. Tenía que ver con la presión de su padre, su abuelo y sus omnívoros hermanos, que le exigían en tono estridente que cumpliera con su obligación cuando ellos no sabían lo que era la responsabilidad.

Era ese mismo martillo (un latido ensordecedor) el que tenía que acallar durante sus entrevistas para entrar en la CIA, mientras disimulaba y afirmaba desenfadadamente cuánto le gustaba hablar con la gente, asumir retos y enfrentarse a la ambigüedad. Pero, a medida que los latidos del corazón se fueron haciendo más lentos y su voz comenzó a calmarse, experimentó la increíble revelación de que, en efecto, podía mantener la cabeza fría y enfrentarse a cosas incontrolables. Trabajar en la CIA era algo que necesitaba.

Las alarmas se dispararon cuando el oficial de reclutamiento de la CIA le informó de que era improbable que su solicitud fuera aceptada, sobre todo porque carecía de «experiencia vital» tras su posgrado. Otro entrevistador, más optimista, le dijo en tono confidencial que sus excelentes notas en el examen de ruso hacían de él un candidato muy atractivo. A la CIA le costó tres meses decidir, durante los cuales sus hermanos revisaron ruidosamente la apuesta familiar sobre lo que tardaría en abandonar la CIA. No fueron menos ruidosos cuando el sobre llegó. Le habían aceptado.

Presentarse para el servicio, firmar innumerables formularios, matricularse en un montón de clases, los meses en la Central, cubículos, salas de conferencias con instructores poco interesados y eternas presentaciones proyectadas sobre la pantalla. Luego, finalmente, la Granja, con caminos de gravilla que atravesaban terrosos pinares, dormitorios con suelo de linóleo, rancias salas de estudio, aulas cubiertas de moqueta gris y asientos numerados que un día ocuparon antiguos héroes, reclutas

anónimos, grandes espías (o no), corruptos y traidores, gente en algunos casos fallecida hacía mucho tiempo y solo recordada por quienes la conocieron.

Planeaban reuniones clandestinas y asistían a falsas recepciones diplomáticas, mezclándose con instructores de rostro enrojecido con uniformes del ejército soviético y trajes Mao. Caminaban con los pantalones mojados hasta la rodilla por bosques de pinos, oteando el terreno a través de mirillas de visión nocturna y contando los pasos para llegar al tronco hueco o al ladrillo envuelto en tela de saco, mientras los búhos los felicitaban por haber encontrado su presa. Los detenían en retenes falsos sobre los capós de sus vehículos con el motor al ralentí, mientras los instructores que hacían de guardias fronterizos les agitaban un montón de papeles en la cara y exigían explicaciones. Se sentaban dentro de granjas en ruinas dignas de una película de terror, en medio de solitarias carreteras rurales, bebían vodka y convencían a los jugadores de rol más dubitativos a convertirse en traidores. A través de los pinos observaban el río, de un negro azabache, surcado por las garras de las águilas pescadoras, que salían a cazar a la luz del crepúsculo.

¿Qué instinto permitió a Nate destacar en estos ejercicios prácticos? No lo sabía, pero había abandonado la abulia familiar y el hastío de Richmond para correr sin esfuerzo por la calle, bajo vigilancia, y reunirse impasible con instructores-agentes envueltos en abrigos y gorros poco convincentes. Decían que tenía ojo. Y aunque empezó a creérselo, los oscuros augurios de sus hermanos pendían sobre su cabeza como un yunque. La pesadilla de Nate era fracasar, que lo expulsaran, y tener que volver a Richmond. Echaban a la gente del entrenamiento sin ninguna advertencia.

—Lo que queremos de vosotros es integridad —advirtió en clase un instructor de procedimiento—. Mandamos a gente a su casa por haber buscado datos sobre los escenarios y así prever problemas. Limitaos a darlo todo en los ejercicios —dijo en voz alta—. Si os pillamos con el cuaderno de un instructor u otro tipo de material del curso de uso restringido, seréis expulsados inmediatamente.

Todo lo cual, sinceramente según Nate, significaba solo una cosa: intentadlo. Todos juntos formaban una clase, pero también eran individuos: todos soñaban con su primer cometido, sus primeras misiones en Caracas, Nueva Delhi, Atenas o Tokio. La ansiedad por la propia reputación, por conseguir destacar en clase, por hacerse con las mejores misiones era muy fuerte. Culminaba con una serie de insoportables

recepciones del centro de estudiantes organizadas por varias divisiones de la sede central y una rara semana de reclutamiento para espías principiantes.

En una de esas fiestas del final del entrenamiento, un hombre y una mujer de la División Casa Rusia le llamaron aparte y le dijeron que habían preaprobado su ingreso en la División de Rusia, así que podía dejar de buscar un puesto en otra parte. Nate preguntó educadamente si no pensaban que el ruso también podría serle útil a la División de Oriente Medio o a la de África para perseguir rusos, pero le dijeron con una sonrisa que le esperarían encantados en su Central a finales de mes.

Había acabado y le habían aceptado de forma provisional. Ya formaba parte de la élite.

Ahora le esperaban las conferencias sobre la Rusia moderna. Discutieron si la política de Moscú relativa al gas natural suponía una espada de Damocles sobre Europa, y acerca de la sempiterna inclinación del Kremlin a apoyar Estados corruptos en nombre de la justicia, solo con el fin de fastidiar y demostrar que Rusia todavía tenía algo que decir. Hombres barbudos hablaron sobre las promesas de la Rusia postsoviética, las elecciones, las reformas de sanidad y las crisis demográficas, así como sobre el drama que suponía que el telón se hubiese vuelto a cerrar bajo la atenta mirada de unos helados ojos azules a los que no se les escapaba nada. Rodina, la sagrada Madre Patria de tierra negra y cielos interminables, tendría que padecer todavía más, pues el cadáver del sóviet, envuelto en cadenas, había sido exhumado y arrastrado, goteando, fuera de la ciénaga. Ahora su corazón volvía a latir y las viejas prisiones se llenaban de hombres que no coincidían con él.

Una mujer de aspecto duro les habló de la nueva Guerra Fría, de las taimadas negociaciones de desarme y los nuevos cazas supersónicos que podían volar de lado y desplegar, todavía hoy, insignias de estrellas rojas sobre las alas. A Moscú le había enfurecido el escudo antimisiles occidental en Europa central (¡ah, cuánto les molestaba la pérdida de los Estados eslavos!). Los sables rusos volvían a arañar sus oxidadas fundas, como en los días de Bréznhev y Chernenko, cuando eran la música habitual. También les habló del sentido que tenía Casa Rusia, la exigencia incesante de conocer los planes e intenciones que escondían esos ojos azules bajo esas suaves cejas rubias. Ahora esos secretos eran distintos, aunque no dejaban de ser los mismos de siempre, y era necesario obtenerlos.

Más tarde, un agente ya retirado (parecía un mercader de la ruta de la seda, de ojos verdes y boca torcida) vino a Casa Rusia para una presentación informal.

—Energía, descenso de la población, recursos naturales, Estados clientes. Olvidaos de todo eso. Rusia es el único país del mundo que puede poner un misil balístico intercontinental en la plaza Lafayette, enfrente de la Casa Blanca. El único, y tienen miles de misiles nucleares.

Hizo una pausa y se frotó la nariz; su voz era profunda y gutural.

—Los rusos. Odian a los extranjeros solo un poco menos de lo que se odian a sí mismos y son unos conspiradores natos. Saben muy bien que son superiores, pero vuestro *ruski* es inseguro, le gusta que le respeten, que le teman, como en la antigua Unión Soviética. Por eso Putin está montando la URSS 2.0, y nadie va a entorpecer sus planes.

»El niño que tira del mantel y rompe la loza de golpe para llamar la atención: eso es Moscú. No quieren que se les ignore y romperán los platos que haga falta para asegurarse de que eso no ocurra. Vender armas químicas a Siria; proporcionar combustible nuclear a Irán; mostrar diseños de centrifugadoras nucleares a Indonesia; construir reactores nucleares de agua ligera en Burma... Sí, amigos: no hay límites.

»Pero el verdadero peligro es la inestabilidad que todo esto produce, la gasolina que proporciona a la siguiente generación de locos que quieren destruir el mundo. Gente, la segunda Guerra Fría tiene que ver con el resurgimiento del Imperio ruso, y no os engaños: Moscú va a recostarse para ver cómo se comporta la Marina china cuando comiencen los disparos en el estrecho de Taiwán. Y fijaos que no digo “si comienzan”. —Se encogió de hombros dentro de su lustrosa chaqueta—. Esta vez no va a ser fácil. Vosotros, hombres y mujeres, tendréis que averiguar cuál es la forma de hacerlo. Os envidio. —Levantó una mano—. Que cacéis mucho —dijo, y se marchó.

Todo el mundo se quedó callado en su sitio. Nate estaba ahora en la cacareada carrera hacia Moscú, sumergido en la formación especializada: entrenamiento en operaciones internas compartimentadas. Mientras se acercaba la fecha de inicio de su misión en Moscú, estudiaba el vocabulario operativo en ruso. Le permitieron revisar los «libros», los informes de los agentes, leer los nombres y examinar las fotos de los inexpresivos rostros de los confidentes rusos con los que se tendría que reunir bajo las narices del servicio de vigilancia. La vida y la muerte en medio de la nieve, la punta de lanza. Conseguir otro destino de tanta relevancia era imposible. Sus compañeros de clase de la Granja se ha-

bían dispersado y ya no se acordaba de ellos. Ahora había otras vidas en juego. No podía fracasar, no se lo permitiría.

Tres días después de su conversación con Gondorf, Nate estaba sentado en un pequeño restaurante del aeropuerto Sheremétievo de Moscú, esperando a que anunciaran su vuelo. Pidió un sándwich cubano del gra-siento menú y una cerveza.

La embajada se había ofrecido a enviarle un facilitador administrativo para ayudarle con los billetes y el control de pasaportes, pero había declinado la oferta educadamente. La noche anterior, Leavitt había traído cervezas al final del día y se habían sentado para charlar tranquilos, evitando los temas obvios y sin mencionar lo que todos los agentes pensaban: que la carrera de Nate en general y su reputación en particular habían recibido un duro golpe. Las despedidas fueron tensas. Lo único bueno había sido que dos días antes, en respuesta a la notificación de cese de misión de Gondorf, la sede central había mencionado que había un puesto de agente en la vecina Helsinki súbitamente disponible. Dado el casi perfecto ruso de Nate, la abundancia de rusos en Finlandia y su inmediata movilidad, la Central le preguntó si consideraría incorporarse a un puesto en Helsinki de inmediato. Nate aceptó y Gondorf, si bien refunfuñó por el indulto, accedió.

Recibió un cable sobre su misión oficial en Helsinki, seguido de una nota informal de Tom Forsyth, el que pronto sería su nuevo jefe de estación, para darle la bienvenida.

Al anunciarse su vuelo de Finnair, Nate se encaminó hacia el avión sobre el asfalto junto con el resto de pasajeros. Arriba, por encima de él, en la sala de observación acristalada de la torre de control del aeropuerto, un equipo de dos hombres sacaba fotografías con un objetivo de largo alcance. El FSB, el SVR y, sobre todo, Vania Egorov querían asegurarse de que su inminente marcha era real. Al mismo tiempo que Nate subía por las escalerillas y sonaba el clic de la cámara, Egorov se encontraba sentado en su despacho, inmerso en sus pensamientos. Una pena. La mejor oportunidad para dar con el espía de los americanos se disipaba. Le llevaría meses, o quizá años, conseguir una pista mejor para el caso, si es que lo lograba.

Nash era la clave, según entendía Egorov. Probablemente todavía se ocuparía de su confidente desde fuera de Rusia. Egorov decidió no desistir; el traslado a Finlandia era una oportunidad. «Pongámosle un poco nervioso en Helsinki», pensó.

El SVR podía operar casi a voluntad en Finlandia. Mejor incluso, tenían primacía en terreno extranjero. Nada de pringados del FSB con los que tener que coordinarse. «Vamos a ver qué pasa», pensó Vania. El mundo era un sitio muy pequeño para esconderse.

SÁNDWICH CUBANO DEL AEROPUERTO DE MOSCÚ

Corte a lo largo una barrita de pan cubano. Rocíe la parte exterior con aceite y unte el interior con mostaza amarilla. Ponga sucesivas capas de jamón glaseado, cerdo asado, queso suizo y finas rodajas de pepinillo. Cíérrelo y apriételo con una plancha o entre dos ladrillos envueltos en papel de plata (caliente los ladrillos en el horno durante una hora a 250 grados). Córtelo en tercios diagonalmente.